

---

ESTUDIOS

# APUNTES SOBRE VIOLENCIAS Y TERRORISMOS

---

JOSE IGNACIO REY

La violencia, como realidad o como amenaza, está por todas partes. Su cerco pareciera estrecharse y no perdonar ya a nadie. No se trata del riesgo de una eventual Tercera Guerra Mundial. Con guerra o sin guerra, los pueblos y las gentes viven hoy una curiosa *psicosis de terror*, manifiesta o latente. En la antesala del siglo XXI no aparecen despejadas las perspectivas del futuro. Algunos, los más apocalípticos, llegan incluso a dudar de que vaya a haber futuro. Quizás por ello prevalece un cierto inmediatismo. También el disfrute de un presente que se percibe vagamente efímero. ¿Sabiduría? ¿Irresponsabilidad?

No se pretende hacer aquí un estudio más o menos completo sobre la violencia. Existe al respecto una bibliografía abundante, aunque siempre insuficiente. Pocos temas tan vivenciados y reflexionados como incomprendidos. Obliga el tema a una interdisciplinarietà prácticamente inabarcable en profundidad. Por lo mismo, en este terreno el número de las preguntas no puede dejar de ser desproporcionalmente mayor que el de las respuestas. Las reflexiones siguientes no pretenden ser, pues, respuestas, aunque a primera vista pudieran parecerlo. Nuestras afirmaciones —queda advertido— llevan siempre, aunque las más de las veces de manera invisible, *el signo de la interrogación*.

Para empezar, resulta poco menos que imposible encontrar *una definición* satisfactoria del fenómeno de la violencia humana. Tantos y tan variados son sus actores, sus víctimas, sus modalidades, sus motivaciones. Podríamos decir, simplificando, pero en todo caso, que la violencia implica el uso o amenaza de uso de fuerza física o de coacción moral para, con fines propios determinados, obligar a otros a realizar acciones concretas, aceptar imposiciones, seguir directrices. Es decir, implica, por de pronto, como realidad o como amenaza, el uso o abuso de fuerza. Realidad o amenaza. Pero ¿no es acaso la realidad de fuerza una amenaza, y la amenaza una realidad de fuerza? Uso o abuso. Si violencia es el uso de fuerza física o de coacción moral, ¿no hay acaso violencia, al margen de intencionalidades, en toda relación humana? Por otra parte, ¿cuál es y quién está autorizado para definir la frontera entre el uso y el abuso? Si esa frontera la marca la legalidad, entonces es uno mismo quien está autorizado para preguntarse si las propias leyes no son muchas veces expresión o resultado de un abuso de fuerza.

La constatación de que la violencia es un *fenómeno universal*, en el espacio y en el tiempo, podría llevar a pensar que el hombre es un animal violento y que aquella violencia, lejos de ser accidental, es una característica propia del ser humano. Sin embargo, ni es prerrogativa exclusiva (se da en otros animales), ni es per-

manente (sólo se da en particulares situaciones). En algún sentido, bien podría afirmarse que la violencia, al menos como acción física llevada a la práctica, más allá de las apariencias, no es frecuente y que la mayoría de los humanos que la usan lo hacen como recurso extremo. Ahora bien, no se puede ignorar tampoco que son mucho más frecuentes las actitudes o disposiciones subjetivas, potencialmente violentas, que por una razón o por otra no llegan a explotar en el comportamiento externo.

Generalmente se considera a la violencia como un *desorden material*, del que quedan evidencias físicas. Ello no es así las más de las veces. Primero porque, como se ha dicho, la violencia se da primariamente a nivel de actitudes, intenciones y deseos, que no siempre llegan a tener repercusiones visibles, por razones varias. Segundo, sobre todo, porque la violencia física, actuada, tiene frecuentemente como intención no tanto la eliminación física del adversario cuanto la de crear un precedente que sirva de intimidación o amenaza para otros adversarios. Es una demostración de fuerza orientada a desalentar o inhibir fuerzas contrarias. En el sentido apuntado, toda violencia es de alguna manera terrorismo. A ese respecto, habría quizás que excluir la patológica "violencia por la violencia", así como la que se explica únicamente como reacción ciega, motivada simplemente por la desesperación. No puede dejar de señalarse, en tercer lugar, la violencia, tan frecuente, que se ejerce activamente como pura coacción moral. Ahí tampoco entra propiamente el desorden material.

La violencia en el ser humano genéricamente *no es gratuita*. Prácticamente siempre responde a una determinada situación, que actúa como estímulo. Infinitos son los estímulos que pueden provocar respuestas violentas. Variadas también pueden ser las respuestas frente a un mismo estímulo. De todo ello se ocupan las ciencias humanas en general y la psicología y las ciencias sociales en particular.

Diversas teorías han tratado de explicar a fondo el origen causal de la violencia en la convivencia humana. Algunas teorías han vinculado estrechamente la aparición de actitudes o acciones violentas a *sentimientos de frustración* y, en esa interpretación, la violencia estaría protagonizada por la masa de los frustrados. Otras la vinculan a la ambición de poder y, desde este punto de vista, serían las minorías poderosas quienes impulsarían y manipularían acciones violentas.

Como sentimiento humano, la frustración parece ser el resultado de una desilusión no esperada. Esa inesperada desilusión provocaría un sentimiento de descontento o, en su caso más extremo, de frustración. Es importante subrayar que la frustración sólo aparece cuando existe una desproporción inexplicable entre las expectativas razonables y las posibilidades reales. Expectativas quiméricas no crean frustraciones. Obviamente las expectativas se refieren al logro de satisfacción de las necesidades humanas, reales o percibidas como tales. Está de más decir que no todas esas necesidades son igualmente apremiantes. De todas formas, la conciencia de ese apremio es variable. Satisfechas las necesidades primarias, el ser humano aspira razonablemente a la satisfacción de otras necesidades. Como ya se dijo arriba, la violencia es normalmente un recurso extremo, ya que, nadie, normal, ignora, entre otras cosas, que la violencia implica riesgos propios; en concreto, no se arriesgan bienes primarios (la vida, por ejemplo) por conseguir otros que no lo son tanto. Esta dinámica de violencia, como búsqueda de compensación a frustraciones, es actuante tanto a nivel individual como a nivel social, si bien en este segundo nivel aquella dinámica depende de factores mucho más complejos. Entre estos factores, los económicos merecerán siempre la mayor atención, ya que, por referirse a necesidades primarias, son ellos los que están en la base de muchas frustraciones individuales y colectivas.



De gran interés son también las teorías que ponen el origen de la violencia en la *ambición de poder*. No vamos a hacer aquí un discurso sobre el poder, aunque sería ciertamente pertinente. Queremos subrayar tan sólo que la ambición de poder no puede desvincularse de las frustraciones que supone y que, sobre todo, produce. A nivel psicológico, sería interesante develar las frustraciones, probablemente inconcesadas o inconcesables, de quien aspira en una u otra forma a dominar a los demás. Por otra parte, es evidente que esa ambición de poder por parte de individuos o de grupos minoritarios ha producido o ha estado históricamente presente en el origen de muchas frustraciones colectivas. Desde otro punto de vista, el dominio sobre los demás es ya, en sí mismo, una forma de violencia y puede generar la reacción violenta de quienes legítimamente aspiran a no dejarse dominar o a librarse de la dominación ya establecida.

Parece oportuno dejar dicho que, aunque la violencia humana nunca es completamente gratuita y siempre de alguna manera responde a un estímulo, resulta esclarecedora la distinción entre violencias "*originarias*" o de agresión y violencias "*reaccionarias*" o de defensa. Las primeras, generalmente asociadas a la ambición de poder, son más gratuitas y, sin dejar de ser terriblemente agresivas, con frecuencia adoptan formas más sutiles y sofisticadas. Las segundas, expresión más clara de frustraciones, aunque suelen estar motivadas en actitudes de defensa propia, adoptan frecuentemente formas más espectaculares o más directas. Fatal y desgraciadamente enseña la historia que las violencias que hemos llamado "*reaccionarias*", aun en el caso tan común de estar plenamente justificadas, provocan nuevas reacciones violentas de quienes eran originalmente sólo agresores. ¿Cómo romper esa peligrosa "*espiral de violencia*"?

En orden a un correcto diagnóstico de los fenómenos históricos de violencia, sobre todo social, convendría también dejar establecida la distinción entre la violencia como acción puntual, aislada, y la violencia como proceso encadenado, secuencia de acciones. De gran importancia igualmente es una adecuada comprensión de expresiones, hoy tan utilizadas, como "*violencia anónima*", "*violencia institucionalizada*", "*violencia estructural*". De una forma o de otra, las tres aluden a "*sistemas*" de vida, por injustos, en sí mismos violentos.

La problemática global insinuada en los párrafos anteriores formaría parte de

lo que bien pudiera llamarse *antropología de la violencia*. Parece de mayor interés, sin embargo, centrar la atención ahora en la violencia como fenómeno social y, más en concreto, como *fenómeno social moderno y contemporáneo*. La violencia pareciera tener hoy, además de una etiología muy propia, particular densidad y características o modalidades realmente nuevas. De forma muy breve, casi esquemática, pretenden las reflexiones siguientes brindar algún aporte a la descripción de esas modalidades y al estudio de sus causas. Aunque no es el propósito aquí reflexionar específicamente sobre la violencia en América Latina, quizás convenga dejar constancia expresa de que quien formula estas reflexiones es latinoamericano. Nuestra perspectiva, limitada, es sin embargo privilegiada. América Latina tiene experiencia larga, densa, cotidiana y dolorosa de la violencia en todas sus expresiones.

La violencia, y sobre todo la amenaza de violencia, es hoy ciertamente una realidad agobiante y omnipresente. Pareciera que un peligroso “equilibrio del terror” nos permite seguir viviendo. Una vaga sensación de miedo afecta universalmente a personas y naciones. Ese fenómeno no puede ser explicado solamente por el peligro, real, de una guerra nuclear. Hay otros muchos factores, no estrictamente bélicos, que entran en juego. Hay que buscarle a nuestro miedo una explicación radical. Hay que decirlo sin ambages: nuestra *civilización occidental está en crisis*. El gigantesco edificio que ha venido construyendo la racionalidad moderna está fallando por su base. La soberbia arquitectura de nuestra vida social, a nivel nacional y a nivel internacional, se manifiesta cada vez más inhabitable. La violencia es sólo un síntoma: expresión de protesta y mecanismo terrible de control de esa misma protesta.

Una advertencia, antes de seguir adelante. Es ya un lugar común afirmar que el “progreso” moderno tiene carácter ambiguo. ¿No es acaso ambiguo todo progreso humano, el de cualquier época o cultura?. Es preciso, pues, analizar y tratar de valorar los elementos de cada ambigüedad. En relación al “progreso” moderno y sin desconocer sus aspectos positivos, el subrayado fuerte va a corresponder a sus aspectos negativos. Y ello no responde en modo alguno —ésta es la advertencia— a una cierta, secreta, nostálgica, añoranza de épocas pretéritas. Responde tan sólo a una razonable *preocupación por el futuro*.

No es tampoco el lugar para estudiar a fondo las razones por las que hace crisis la civilización moderna, pero sí para indicar *algunas pistas* cuyo seguimiento es inevitable para dicho estudio. Sin perder de vista en ningún momento que factores económicos están en la base de cualquier proyecto civilizatorio, habría que empezar por ir tan lejos como para llegar a adentrarse en lo que supuso el Renacimiento como ruptura necesaria con la Edad Media. Habría que estudiar las condiciones materiales de vida que posibilitaron y derivaron de la así llamada Revolución Industrial. Habría que estudiar, sobre todo, el origen del Capitalismo Moderno, así como las fases de su desarrollo más reciente.

En relación a ese contexto temático tan amplio como importante, *dos hipótesis básicas* parecen particularmente relevantes, entre otras que pudieran plantearse. Por una parte, *el racionalismo*, que inspira a nuestra modernidad, ha estado y está preñado de irracionalidad y, por lo mismo, no podía sino dar a luz una sociedad desalmada, habitada por tristes hombres “unidimensionales”. Por otra, *el individualismo liberal*, que también la inspira, ha generado de hecho un proceso masificador y colectivizante que acaba llevando, paradójicamente, al desconocimiento del individuo en cuanto persona y a la negación de sus libertades. En este sentido, y también en otros, las premoniciones de Orwell en su “1984” estuvieron plenamente fundadas. Si a todo esto se añade que lo que actualmente ha motorizado el “progreso” de esas sociedades masificadas y sin alma ha sido precisamente *la ideología de la*

*competencia*, a nadie podrá extrañar que los niveles de violencia alcancen hoy cotas sin precedentes. Tampoco podrá extrañar que las formas de esa violencia hayan experimentado, a partir de la Revolución Industrial, un impresionante cambio cualitativo.

De lo anterior parece deducirse con claridad que lo que caracteriza al mundo moderno es una *violencia estructural*, "sistemática", en cierto modo difusa y anónima. Dicha violencia, institucionalizada, cuenta con el amparo de una *cierta legalidad* que está muy lejos de haber logrado legitimidad, sobre todo si se toma en cuenta que un consenso logrado por la fuerza o el engaño ni es durable ni legítima verdaderamente nada. No se puede ignorar que las leyes, en sociedades virtualmente quebradas por la injusticia, las hacen los poderosos en preservación de sus privilegios; y que el Derecho, sobre todo el constituido desde una óptica positivista, es frecuentemente obstáculo al cambio social. Dicha legalidad, soporte flaco de la injusticia, pretende por supuesto cubrirse de legitimidad. Ello explica que, desde detrás del parapeto de cierta legalidad, se califique fácilmente de "subversivos" a quienes prefieren vivir fuera o al margen.

Los favorecidos por esas estructuras vigentes de vida, causa o efecto de una civilización en crisis, tienden obviamente a perpetuarlas. Para ello, además de las leyes, utilizan la represión. Si algo caracteriza a nuestro mundo moderno es precisamente la *variedad, sofisticación e inmenso poder de las fuerzas de la represión*. Tradicionalmente se ha reprimido con armas y tradicionalmente también el Estado ha tenido el monopolio de su utilización. En este punto el mundo moderno sigue siendo tradicional. Lo único nuevo es el inmenso poder de las armas y, sobre todo, la inusitada eficacia de los mecanismos de control social. Habrá que insistir en ello.

Cuando se habla aquí de estructuras que violentan y de medios de represión, la referencia no se circunscribe al ámbito de lo nacional. La estructura económica mundial es cada vez rígida, cerrada y compacta; sus unidades más interdependientes. Ello no es casual. La dinámica propia del capitalismo es *el expansionismo*. Así lo comprueba, por ejemplo, el hecho de que los países entonces en vías de industrialización, necesitados de materia prima y mano de obra baratas, pronto se lanzaran, en siglos pasados, a la aventura colonialista. *El imperialismo económico*, monopolista y parasitario, es sólo un estadio histórico particular del capitalismo. En perspecti-



va latinoamericana, el centro principal, no único, de ese poder se ubica hoy en los Estados Unidos de Norteamérica, desde donde las empresas transnacionales extienden sus tentáculos a todo el mundo. Las víctimas de ese imperialismo económico, entonces europeo, fueron ayer los países colonizados; hoy lo son los países del Tercer Mundo, cuyas economías son, así, dependientes. Desde la óptica de los centros de poder, el mundo entero es ya un gran mercado cautivo de bienes, servicios y capitales.

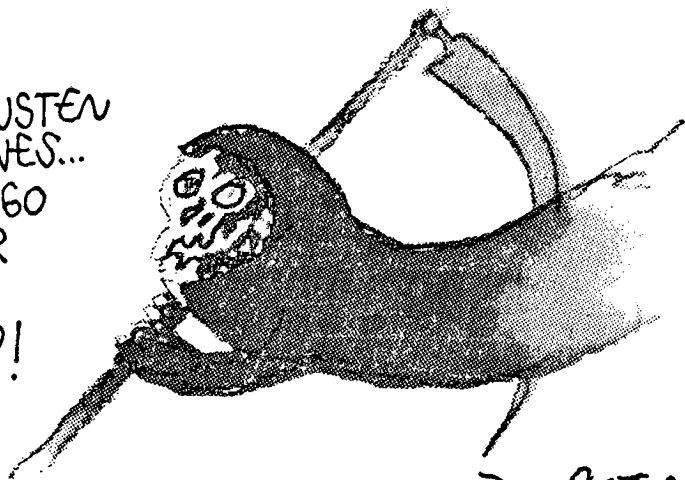
Para el mantenimiento eficaz de ese sistema de relaciones, violento en sí mismo, el imperialismo económico ha desarrollado un *poder militar sin precedentes*, siempre dispuesto a entrar en acción inmediata en cualquier región de la tierra donde ocasionalmente haya fallado su intervencionismo político o donde simplemente se haya originado algún problema, de cualquier índole, que pudiera poner en peligro la estabilidad de sus propios intereses. La experiencia repetida demuestra que ni las Naciones Unidas ni el mismo Derecho Internacional sirven de freno a la brutal arbitrariedad de los prepotentes. Su agresividad ha perdido todo pudor: ya no tiene reparos en utilizar armas químicas y tampoco perdona a la población civil. Aun sin entrar en acción, esa fuerza militar es una permanente amenaza sobre los países no alineados, que se ven obligados, así a hipotecar su propia soberanía para no verse despojados también de la posibilidad de sobrevivir. El terrorismo de Estado, sin desaparecer, se internacionaliza más y más y se va convirtiendo en un terrorismo de Imperios, que actúa simultáneamente en lo económico, en lo político y en lo militar. También, por supuesto, en lo cultural. La violencia de los fuertes se ha constituido hoy, como nunca, en un *terrorismo integral*.

*La violencia de los débiles* es propiamente una contra-violencia, de legítima defensa, no agresora, simplemente "reaccionaria". En algunos casos es la violencia de la desesperación. Por su misma debilidad, evita generalmente la confrontación directa. A lo interno de cada país, se organiza comúnmente como guerra de guerrillas. A lo externo, sus comandos afectan militarmente intereses relativamente pequeños del enemigo, pero tales acciones suelen tener una finalidad fundamentalmente propagandística, es decir, suelen estar orientadas a llamar la atención de la opinión pública y a buscar solidaridad. En ambos casos, la violencia de los débiles busca también desestabilizar de alguna manera el desorden establecido. Lamentable, como toda violencia, la de los débiles en muchas ocasiones puede estar justificada.

Toda violencia es lamentable, pero no toda violencia, indistintamente, merece el mismo juicio moral. No es lo mismo agredir que reaccionar frente a la agresión. Ahora bien, ¿cómo romper en definitiva la "*espiral de violencia*"? Algunos han propuesto la fórmula de la *no-violencia* como respuesta a la agresión, en orden a dejar moralmente desarmado al agresor. Otros dudan de la eficacia de dicha fórmula, sobre todo cuando la agresión es anónima, impersonal, estructural. Sin poner en duda el valor moral, ideal, de una propuesta de no-violencia, pensamos que no puede rechazarse la violencia concreta de manera incondicional. Rechazar los actos violentos, dejando a los individuos en una situación de violencia, sería una especie de juego sucio. Por otro lado, la auténtica violencia liberadora, si existe, si es posible hacerla existir, tiene que estar orientada en todo momento hacia la búsqueda de nuevas condiciones de justicia y de paz. No se trata de dominar ahora a quienes antes dominaban. Se trata de acabar con las relaciones de dominio.

Los privilegios de los poderosos, que nacen de estructuras de vida injustas, no sólo se mantienen por el chantaje económico y por la fuerza militar (las condiciones al pago de la "deuda externa" y la ayuda militar a los "contras" frente a Nicaragua, por citar tan sólo dos ejemplos que afectan hoy a América Latina). En el mundo

¡NO SE ASUSTEN  
MUCHACHONES...  
YO SÓLO VENGO  
A COMBATIR  
EL  
TERRORISMO!



ZAPATA

moderno se han desarrollado además poderosísimos instrumentos y técnicas de *control social* y de *manipulación de conciencias*. Ese desarrollo ha sido impresionante en las últimas décadas. He ahí la forma más sutil, pero más grave, de violencia. Es la *violencia sin dolor* que se ejerce sobre espíritus manipulados. Es un vaciamiento sistemático de las conciencias o, si se prefiere, un terrorismo filtrado, acogedor, incluso "humanista". Los poderosos, los de fuera y también los de dentro, saben muy bien que no hay esclavitud más irremediable que la de quien, individuo o pueblo, se cree libre sin serlo.

Las formas modernas de sometimiento cumplen con eficacia la función de crear ficciones de libertad y la de introyectar en la conciencia de poblaciones masificadas puntos de vista, valoraciones, visiones del mundo que responden a los intereses de quienes dominan. Tres fueron tradicionalmente los "aparatos" principales con funciones "ideológicas": la familia, el sistema educativo y las instituciones religiosas. Estas últimas, como se aprecia en mayor o menor grado en diversas partes del mundo, cada vez se dejan instrumentar menos y no dan ya garantías de incondicionalidad. También la familia ha perdido de hecho eficacia socializadora. El sistema educativo mantiene todavía plena vigencia como instrumento de reproducción ideológica. Lo verdaderamente nuevo en las últimas décadas es el papel protagónico que, en funciones integradoras, vienen cumpliendo los *medios de comunicación de masas*. También el mundo de la informática como instrumento de control social.

Dicho tema no será desarrollado aquí, ya que es objeto de otros estudios especializados. Es a todas luces evidente el poder de esos medios, sobre todo la televisión, cuando se orientan sistemáticamente a desinformar, a hacer propaganda, a inducir hábitos de consumo, a modificar valores y comportamientos, a disminuir o inhibir la capacidad crítica y de respuesta, a confundir la realidad con la ficción y la ficción con la realidad. Esa es su función violentadora principal. Estudio aparte merece la manera como dichos medios presentan diariamente, entre la realidad y la ficción, el "*espectáculo*" de la violencia propiamente dicha. La cantidad de violencia y las formas de su tratamiento. En forma muy compendiada nos limitaremos a dejar señalado aquí que la violencia representada en los medios, abundante y por

supuesto manipulada, cumple funciones catárticas, así como de satisfacción de secretas pulsiones sado-masoquistas. En todo caso, la violencia queda vulgarizada y asimilada como natural. Un solo ejemplo. En un reciente reportaje periodístico ("El Nacional", 12-5-86), una joven venezolana de 23 años, estudiante de medicina, respondía así a la pregunta "¿les molesta a los jóvenes la violencia?": "Ni tanto. Me parece que la juventud de hoy disfruta la violencia, porque así lo han aprendido en el cine y la televisión. Es lo que prevalece en los programas y hasta los niños más pequeños gozan con las escenas más violentas de la pantalla. Ya es una costumbre ver las cosas más horribles sin conmoverse. Así que la juventud, a mi parecer, hasta la prefiere". Sobran comentarios.

El panorama descrito en los apuntes anteriores sobre violencias y terrorismos es, como se habrá visto, más bien negro. El autor de esos apuntes no participa, con todo, de cara al futuro, de ciertas visiones pesimistas o pseudo-apocalípticas. La historia enseña a no perder las perspectivas. La violencia y el terrorismo que ejercen hoy los poderosos son ciertamente grandes. Pero uno está obligado a creer que mucho más grande aún es *la fortaleza de los "débiles"*, es decir, la de todos aquellos que todavía sienten respeto por el ser humano, luchan activamente contra la violencia y aspiran a un progreso que no sea el resultado del dominio de unos sobre otros. Ellos, personas o pueblos, protagonizan seguramente *la civilización del futuro*.

# SIGNO Y PENSAMIENTO

Pontificia  
Universidad Javeriana

SIGNO  
Y  
PENSAMIENTO

Facultad de  
Comunicación Social

TEMAS Y PROBLEMAS  
EN TORNO A LA COMUNICACION

## SUSCRIPCIONES

Un año (dos ejemplares) Col \$ 800.00 US\$20.00

Dos años (cuatro ejemplares) Col \$1.500.00 US\$35.00

Cheques a nombre de Universidad Javeriana

## CORRESPONDENCIA

SIGNO Y PENSAMIENTO

Carrera 7a. No. 43-82 Piso 7o.

Facultad de Comunicación Social

Universidad Javeriana

Bogotá, Colombia